

CAMPOS DE BATALLA

Carlos de la Torre Paredes

“La guerra no constituye un pasatiempo, ni una simple pasión por la osadía y el triunfo, ni el fruto de un entusiasmo sin límites; es un medio serio para alcanzar un fin serio. Todo el encanto del azar que exhibe, todos los estremecimientos de pasión, valor, imaginación y entusiasmo que acumula, son tan sólo propiedades particulares de ese medio”.

Carl von Clausewitz

Hace exactamente un año que su hijo se marchó siguiendo al señor que llegó a galope escoltado por una pequeña comitiva de caballeros. Había guerra y se necesitaba voluntarios, que serían remunerados con dinero, tierras y títulos nobiliarios, dependiendo de su desempeño.

“Por lo menos eso último era falso, los señores nunca aceptarían campesinos como nobles”, piensa la anciana mientras termina de encender el fuego en su pequeña choza. Tiene frío y se siente sola. Su marido salió a recoger más leña, pero aún no ha vuelto y se hace tarde, no falta mucho para el anochecer. Si su hijo estuviera con ellos... lo mandaría a buscar a su padre y su hijo lo haría. Ella ya esperaba que un día cualquiera llegase a casa con una mujer, no importaba si solo era bonita, bastaba con que le diera nietos lo más pronto

posible. Pero no fue una mujer quien tocó la puerta, sino la guerra, la maldita guerra que se llevó a muchos de los jóvenes de la aldea, que pensaban que matando a otros seres humanos encontrarían el futuro negado por esa tierra árida que se encuentra entre los dedos de la anciana, tan yerma e inmisericorde que parece haberse tragado a su marido.

La puerta se abre de golpe. El fuego que tanto le había costado encender se apaga. “¿Por qué se apagó?”, se pregunta la anciana, pero no encuentra respuesta en sus pensamientos. Busca con la mirada a su marido. No es su marido. No es nadie. Nadie se encuentra parado en la entrada de la casa. Nadie la mira fijamente como si se tratase de una presa a punto de ser cazada. Pero la anciana siente que es así, que frente a ella hay algo que la observa, que está listo para abalanzársele. La anciana toma asiento y baja la cabeza.

“Te encontré”, dice una voz que parece más el chirrido de metales chocando entre sí.

—¿Significa que mi hijo ha muerto? —le pregunta la anciana.

“Tu hijo ha muerto”, responde la voz.

La puerta se cierra tan violentamente como se abrió. El fuego vuelve a encenderse y la anciana se asegura de soplarle un poco de aire para ayudar con la combustión. Necesita el fuego. Su marido no debe de tardar en llegar con más leña que les ayudará a pasar la noche sin dolores. No puede contarle lo que sabe, no tendría cómo explicárselo, se enterará con el tiempo, cuando los días pasen, cuando después de años, la esperanza de un hijo volviendo a galope sobre un caballo se desvanezca. “Es ahí cuando el viejo sabrá la verdad”, piensa la anciana, mientras usa sus gastados pulmones para incentivar las llamas.

La puerta vuelve a abrirse de golpe. El marido se mantiene un momento en la entrada, toma aire y pasa. No trae leña y cojea. Ella le pregunta qué le sucedió, él responde que resbaló y se encuentra lastimado. La anciana ayuda a su marido a acostarse en su cama de paja y le retira el pantalón roto y manchado de lodo. Busca el jarrón con agua y con un pedazo de tela que guardaba para emergencias se da el trabajo de buscar y limpiar las heridas —por suerte superficiales—. Las cubre con restos de tela y se acuesta a su lado.

El fuego los mantendrá calientes.

La mañana siguiente será dura. Sin embargo, tal vez no más que esta noche, pues la anciana quiere arrancar en llanto, pero sabe que no puede. Quiere contarle a su marido qué sucedió con su hijo, pero no puede. Teniendo a su marido al lado, cubierto bajo las mismas pieles de ciervo, no puede decirle que su hijo ha muerto, que es inútil seguir esperándolo, que no tiene sentido aguantar día a día, cuidando esa miserable choza que ya no será para nadie, que ya no importa. “Ya no está más”, dice la anciana entre dientes, pero su marido ya se encuentra completamente dormido.

El hijo está sentado en uno de los troncos, lleva puesta una armadura y ha traído consigo una espada y un escudo. Se ha preparado comida con el fuego que sus padres dejaron encendido toda la noche. La anciana lo mira aterrada. Sabe que su hijo está muerto, sabe que no puede ser él quien se encuentra sentado, comiendo y mirando al par de ancianos con satisfacción.

—Hola, mamá —dice por fin el muerto.

—Hola, hijo. Creí que no volverías —le responde la madre.

—Vaya, madre —dice soltando una carcajada—, ni los enemigos... Veo que papá se ha lastimado, ¿cómo está?

—No tengo idea. Habrá que esperar a que se levante

—y la anciana sale de la cama, cuidando no despertar a su marido y se sienta en un tronco frente a su hijo.

—Los cultivos siguen bien. Es una suerte pertenecer a un pueblo tan organizado. Si no fuera por mis costumbres tal vez nunca hubiera vuelto —dice el hijo.

—Sí, siempre fuiste bueno... El pueblo al final no importa más que la capacidad.

—Tal vez tengas razón, madre. Tal vez tengas razón.—

¿Por qué estás aquí? —pregunta la anciana con severidad.

Su hijo le sonrío y voltea a mirar hacia su padre quien acaba de despertarse.

—Padre, ¿has dormido bien?

El padre mira al hijo con incredulidad. Al viejo se le ponen los ojos vidriosos y arranca en llanto. Estira los brazos como si quisiera alcanzarlo, pero está demasiado lejos. El padre se destapa e intenta levantarse para saludar a su hijo, pero su pierna se lo impide. Está infectada. El color morado de las infecciones se reconoce con rapidez, el olor a pus emana como un banquete para las moscas que una a una empiezan a caer sobre la pierna lacerada. Es increíble. Nada pasa tan rápido. Pero ha pasado. La pierna se le infectó en solo unas horas y tienen que hacer algo para que la infección no se generalice.

— ¿Con qué te cortaste? —pregunta la mujer a su marido, totalmente confundida mientras mira con preocupación la pierna casi necrosada.

—No tengo idea. Recuerdo haber resbalado con unas rocas. Pero nada más —responde consternado.

—Padre, recuéstate —dice el hijo, mientras pone el reverso de su mano contra la frente del anciano—. Estás hirviendo en fiebre.

El joven se pone de pie y dice que saldrá a recoger leña. La necesitarán, más aun con su padre en ese estado. La anciana, que se encuentra sentada junto a su marido, asiente mientras acaricia la cabeza del viejo.

—Iván... —dice la madre, con el dolor y el peso mágico de quien pronuncia el nombre de un muerto.

Iván voltea para ver a los ojos y mandarle una sonrisa a su madre. Solo eso, antes de cerrar tras de sí la puerta y desaparecer en mitad de la mañana.

Será un día largo. Tiene que cuidar de su marido. “Tienes que ocuparte de él, que ara la tierra para cosecharla, para darte de comer; tienes que cuidarlo por el amor que te profesa, amor que te conseguiste con distintas artimañas como el saber mover bien las caderas, amor que te ha dado un hijo y que te mantiene fuera de toda condena”.

El tiempo pasa lento dentro de la cabaña. Los vecinos no se han enterado de nada y por eso nadie se ha acercado a ver cómo se encuentra el viejo Joseph. Mantiene un pequeño y débil fuego encendido gracias a ramitas secas que guardó para emergencias. Necesita la leña para cocinar. El anciano sigue afiebrado y nada mejor para un enfermo que la comida. Iván está

demorando, debieron de interceptarlo mientras andaba por el pueblo. “Oh, mira a quién nos trajo el viento”, piensa la anciana que le dirán los hombres del pueblo. Se le acercarán para estrechar su mano y le invitarán a beber y hasta posiblemente lo lleven a ver mujeres. Nadie más que ella sabe que su hijo ha muerto. Le llega a parecer gracioso que los malditos borrachos del pueblo gasten inútilmente su dinero.

Está atardeciendo y el hijo aún no regresa. Parece que la anciana no se equivocó, las personas en el pueblo debieron de distraer a la criatura que se hace pasar por su hijo. Pero ¿por qué la criatura se distraería? Eso no encaja... Tal vez le mintió, tal vez el que su hijo esté muerto no es más que una artimaña, algo para confundirla. ¿Cómo saberlo? Tendrá que hablar con Iván y descubrir si realmente es él o no. Su marido continúa afiebrado. La mujer constantemente moja un trozo de tela con el que refresca su frente. Echa las últimas ramas secas que quedan para que la ínfima brasa se mantenga. Cada vez hace más frío. En poco tiempo el fuego se apagará y la anciana se acuesta junto a su marido para intentar transmitirle calor.

Iván aparece en la puerta con leños y ramas secas, se acerca a la fogata casi extinta que ilumina la casa y en poco tiempo la hace resplandecer como el mismo Sol. El joven toma asiento en el tronco donde amaneció y acerca sus manos al fuego, su madre lo mira sin parpadear.

¿Será su hijo? La anciana se lo pregunta una y otra vez. “¿Realmente habrá vuelto de la guerra? ¿Me mintió? ¿Cómo me encontró si no fue por mi hijo? Debe de estar muerto”. La anciana sale de la cama sin descubrir a su esposo. Primero se sienta sobre la cama y observa a Iván, quien sigue distraído calentando sus manos. La madre se incorpora para acercarse a

su hijo y acariciarle la cabeza, a lo cual este responde con una sonrisa de agradecimiento. La anciana no sabe qué pensar. Cualquier madre puede reconocer a un hijo y ella lo hace, siente que ese ser al que acaricia se trata de Iván, pero no lo cree, no se atreve a bajar la guardia.

—¿Por qué tardaste? Hace frío —dice la anciana con voz dulce.

—Me topé con algunos muchachos, me distrajeron —responde el hijo sin despegar la mirada del fuego.

—¿Cómo te ha ido? —indaga la madre.

—Bastante bien: he vuelto. Muchos no regresan —comenta Iván.

—¿Ganamos la guerra?

—No sé. Hasta cuando me quedé ya habíamos capturado la ciudad de Pontar, íbamos ganando. El reino está en expansión.

—¿Hace cuánto fue eso? —pregunta la madre.

—Hace unos meses. Tomamos la ciudad y luego de la celebración aproveché el descuido de los oficiales para escaparme y volver, ya no aguantaba más —ahora Iván la mira directamente a los ojos. La anciana siente que no le está mintiendo, percibe que su hijo habla con la verdad.

Ella sabe lo que significa tener sangre en las manos, líquido rojo y tibio que se derrama en los campos de batalla. Ella ha vivido mucho y conoce los terrores de la muerte, conoce al

espíritu de la violencia y la muerte que posee al ser humano. Ella ha vivido lo suficiente para conocer el mal.

La anciana abraza a su hijo en un gesto irracional, le besa la cabellera como si esta se encontrase limpia y le comenta que tienen verduras en el huerto. Le pide que vaya por agua, mientras ella recoge esas verduras y así prepara una sopa. Ella sale por la puerta falsa de la casa en dirección al huerto y el aire frío la golpea con la violencia suficiente para hacerla temblar. Recoge unas zanahorias, una lechuga y una col, y entra en la casa lo más rápido que puede. Está vieja, pero aún mantiene su agilidad.

Iván vuelve con el balde repleto de agua y ayuda a su madre a llenar la olla. Cocinar el alimento tardará cuanto menos una hora. Iván se mantiene callado, solo mira a su madre cocinar, parece divertirse o, tal vez, le genere cierto tipo de admiración. A cada segundo que pasa a su lado, la anciana se convence más y más de que efectivamente se trata de su hijo quien está frente a ella. Debió de ser solo una mala broma la que esa presencia invisible le hizo. Sí, la encontró, y sí, vendría por ella tarde o temprano, pero tal vez era el miedo que la anciana tenía a perder a su hijo lo que le facilitó el trabajo. Pero ¿cómo pudo encontrarla si no por su hijo?... Siente que la cabeza le explotará en cualquier momento, pero no puede darlo a notar. Si el Iván que tiene al frente es su hijo, se preocupará, si no es su hijo, aprovechará su malestar para saltarle encima y matarla.

—Hijo, ¿te sucedió algo raro en el tiempo que te encontraste en campaña? —pregunta la anciana.

—Si te contara madre... todos los días vi cosas extrañas. Pero además de rarezas vi cosas horribles. Vi hombres despedazados. Perros hambrientos alimentándose de lo que alguna vez fueron sus amos —responde el hijo, al tiempo de extraviar su mirada en la fogata.

—¿No conociste a nadie... cuál sería la palabra... extraordinario? —insiste la madre.

—No, madre. Todas las personas que conocí eran bastante comunes. Es una tontería pensar que quienes van a luchar son personas demasiado capaces. La mayoría son campesinos, como yo —explica Iván.

—Cuéntame tus aventuras. Quiero saber qué hiciste, a qué peligros te enfrentaste y... ¿no te castigarán por desertar?

—Solo si me encuentran, pero no me encontrarán. Mis aventuras... yo no las llamaría así, diría que han sido días de pena los que he pasado recorriendo los campos para defender y conseguirle tierras a nuestro señor, quien es generoso, muy generoso. Mis habilidades no me hacían destacar, así que me mantenían con la infantería. Desde el primer día en que salí acá, tuve que avanzar por días a paso ligero, casi no había tiempo para descansar. Comíamos tres veces al día y continuábamos la marcha. Solo nos detuvimos a descansar unas pocas veces en todo el tiempo que estuvimos en el batallón de nuestro señor y dos de ellas fueron momentos de asedio a distintas ciudades. Una tuvo éxito; la otra no. Pero déjenme contarles desde el principio para que comprendan qué me motivó a volver, olvidando así el futuro por el cual salí de acá —el anciano se ha despertado y ahora Iván también le habla a él—. Ustedes pensarán que no tuvo sentido desertar, pero luego de escucharme entenderán mis razones y no podrán juzgarme.

—La deserción tiene un castigo. Pero ningún castigo existe si eres consecuente —dice la madre.

Iván se acomoda en el tronco donde está sentado, empezará su historia, toma un poco de aire y...

Lo primero que hicimos fue dirigirnos hacia el río Er, pues necesitábamos aprovisionarnos tanto de agua como de pescado, el cual secamos al Sol. Nuestro alimento se basaba en pescado y carne seca. Esa parada duró dos días. Una vez listos, nos dirigimos hacia el pueblo de Ankar, donde nos recibieron con los brazos abiertos y más milicianos se unieron a la causa de nuestro señor. Los hombres llegaban con harapos y palos, pero al cabo de una semana en el batallón ya se les habían conseguido armaduras y, en algunos casos, uniformes. Armas era lo que se entregaba a los milicianos desde el primer día. Éramos un batallón de seiscientos hombres cuando salimos de Ankar. Nuestro señor tenía que encontrarse con la reina y sumarse a la campaña emprendida por nuestro mariscal, el conde Itar. Así que avanzamos a toda prisa para sumarnos al gigantesco ejército de la reina, que se dirigía hacia el castillo de Kirun, para arrebatárselo al reino de Pantera. Cuando llegamos, nuestras banderas izadas eran clara señal de nuestra victoria. Entramos

en el castillo para aprovisionarnos y resguardarnos del helado viento por una noche. El encargado nos trató bastante bien y ayudó a llenar nuestros sacos con suficiente comida para dos semanas más de viaje.

Nuestro mariscal había llevado el ejército de nuestra reina hacia Lun Lua, antigua ciudad amurallada del reino de Pantera y nosotros debíamos acelerar el paso si no queríamos volver a perdernos la acción. Al cabo de semana y media, llegamos a la ciudad de Lun Lua, asediada por tan solo un flanco, con la esperanza de que la población se rindiera y buscara abandonarla. Cuando nos aproximamos al campamento de nuestro reino, las voces de nuestros compañeros de armas corearon, “¡Viva el reino de Letty! ¡Viva nuestro mariscal, el conde Itar! ¡Viva la reina Elena la Divina!”. A esto nosotros respondimos: “¡Viva!”. Nuestro campamento estaba compuesto por parte del primer ejército de Letty, una división de veinte mil soldados, cien magos, seis torres de asedio, diez catapultas, doscientas escaleras y suficiente comida para tres semanas de asedio. El mariscal dijo a nuestro señor que a la mañana siguiente atacaríamos; él nos lo informó esa misma noche. Hasta ese momento yo solo había agarrado una espada para llevarla a su funda, nunca antes había empuñado un arma con la intención de herir a alguien, pero a la mañana siguiente debía matar a cuantos pudiera, tenía que resaltar para así adquirir prestigio y ser reconocido por nuestro señor. Estaba convencido de que si había salido de casa era para ser caballero y no iba a aceptar nada menos.

Esa noche observé las murallas de la enorme ciudad. Eran hermosas, imponentes y parecían impenetrables, pero eso no importaba: la mañana siguiente teníamos que tomar la ciudad. Ninguna muralla, por enorme que fuese, detendría al ejército de Letty. Las catapultas habían concentrado su ataque en un punto específico desde que el campamento

se estableció, con la esperanza de conseguir derribar las murallas que habían sido el orgullo de Lun Lua por décadas. Solo un día más y el orgullo sería nuestro. Esa noche las estrellas pronosticaban victoria, los magos del campamento lo aseguraron y nuestros señores nos lo informaron. Yo vi el cielo esa noche: estaba claro que algo nos decía.

La mañana comenzó con nuestros magos lanzando poderosas bolas de fuego dentro de la ciudad y decenas de escaleras asaltando sus muros. Nuestras torres de asedio avanzaban lento, pero con seguridad y firmeza. Nada las detendría. Los defensores de Lun Lua disparaban magia y proyectiles desde todo lo largo de la muralla. Desde sus torreones de defensa, los mejores magos y las catapultas de la ciudad iban mermando nuestras fuerzas y lograron destruir una de nuestras torres de asedio, que ya envuelta en llamas, al tercer impacto de las enormes rocas, se desmoronó matando a por lo menos diez de los soldados que la empujaban. Antes de empezar a correr hacia una de las torres de asedio, pude ver cómo muchas de nuestras escaleras iban cayendo empujadas o eran incendiadas por los defensores de la ciudad, vi cómo decenas de nuestros hombres caían víctimas de los magos y arqueros enemigos, hasta conseguí cubrirme de una flecha que perforó mi escudo. Tras la torre de asedio estaba más seguro, junto a mí avanzaban otro par de milicianos y un pequeño grupo de ballesteros. Todos dábamos paso tras paso a medida que la imponente estructura avanzaba hacia la muralla y cada vez más tropas se nos iban uniendo.

Tal vez no sepan, pero una de las peores cosas de una batalla es el ruido. Es espantoso. Y cada vez era más fuerte y penetrante, cada vez se hacía más intenso. Parecía que ese ruido vendría a formar parte de mis pensamientos para siempre. En ese poco tiempo, en los que avanzaba al compás de la torre de asedio, me invadió la idea de que mis pensamientos estarían siempre matizados por ese ruido inexplicable de tantas cosas que se dan en una

batalla. No es tan solo los gritos de dolor, de ira ni los metales chocando o los escudos defendiendo o las piedras golpeando piedras ni los cuerpos siendo despedazados ni nada que se pueda describir en palabras. Ese ruido se hacía cada vez más personal, parecía que solo estaba en mi cabeza, pues los rostros de los hombres que me acompañaban estaban serenos, avanzaban casi por inercia con cada poco que adelantaba la torre de asedio.

Un sonido seco y estruendoso nos dijo que alcanzaron nuestra torre. Las catapultas enemigas ahora le apuntaban y estaban dispuestas a terminar con ella. Tenía que salir de ahí con prisa, quedaría desprotegido si no lo hacía, así que corrí hacia otra de las torres que no estaba muy lejos. Nuevamente tuve que evitar infinidad de virotes, flechas y bolas de fuego que me buscaban como as moscas persiguen la pierna de papá y llegué a resguardarme tras esa gigantesca estructura con un enorme puente plegado como si se tratase de un brazo; estructura de madera, metal y cuero que se mueve lentamente, pero que nos permite tomar ciudades sin esperar a que se les terminen las provisiones. Avanzamos unos pasos y escuché cómo una de nuestras torres se derrumbaba. Tuve razón en moverme: la torre de la que me alejé se desplomó sobre todos los que estaban cerca.

Nuestras escaleras seguían amontonándose a lo largo de la muralla y en más de un lugar ya habíamos establecido puestos de avanzada. Pero aún no conseguíamos tomar ningún torreón de defensa, ese era el siguiente paso si queríamos ganar. La torre de asedio se detuvo y su puente de madera y hierro cayó sobre la muralla, golpeándola y aplastando a algunos de sus defensores. Empecé a subir por las escaleras de la torre de asedio y pronto llegué al puente que unía a nuestras tropas con la hermosa ciudad de Lun Lua. Todos quienes subimos avanzamos con determinación por el sólido puente. Llevábamos el escudo delante y la espada bien agarrada, esperando probar un poco de sangre. Tropas enemigas

subieron al puente y avanzaron contra nosotros, mientras sus magos le prendían fuego a nuestra máquina de asedio: teníamos que apurarnos. Avancé lo más rápido que pude y arremetí con todas mis fuerzas contra cada enemigo que se me puso en frente. Maté por lo menos a cuatro hombres sobre ese puente; todos cayeron pesadamente hasta el suelo. Por fin llegué a la muralla. Nuestra torre de asedio se incendiaba, pero aún quedaba tiempo para que más tropas ayudaran a tomar esa posición, bastaba con asegurar la zona hasta que una cantidad considerable de escaleras nos permitiera establecer un puesto de avanzada. Así que luché como nunca lo había hecho, y saben que hasta ese día nunca antes había combatido. Maté a muchos, no sé a cuántos, la verdad, creo que por un momento consideré que ya estaba acabado, mi única ruta de escape estaba en llamas y los enemigos no paraban de llegar: ya no importaba qué pasara, así que arremetí con toda la violencia que genera la furia de saberse muerto. Es difícil de explicar, pero me sentí más poderoso al pensar que ya no tenía esperanza.

Un soldado enemigo casi me golpea con una maza. Recuerdo haber sentido cómo el arma rozaba mi cráneo antes de poder atravesarle la espada.

No tardamos demasiado en establecer el puesto de avanzada y nuestros hombres iban llegando cada vez en más cantidad. Pronto la muralla sería nuestra. Aún faltaba tomar los torreones, pero ya gran parte del trabajo estaba hecho. Las tropas empezaron a avanzar hacia uno de los torreones. Uno de los nobles dirigía la avanzada. Era importante que me viera, así que aceleré el pasó y ayudé con el asalto.

La puerta de metal del torreón era impenetrable, no había forma de tumbarla, ni siquiera nuestros magos lo conseguían. La única forma de tomarlo era lanzando garfios y trepando.

Nuestras tropas lanzaron sus garfios, pero las cuerdas eran rápidamente cortadas por los enemigos. Además de atacarnos con virotes, flechas, lanzas y magia, también nos tiraban encima aceite hirviendo. Debíamos idear algo para tomar el torreón o bajar directamente a la ciudad. Pero no había forma de bajar con facilidad la muralla sin pasar primero por alguno de los torreones de defensa. Eso impedía a nuestras tropas concretar un ataque directo.

A cada minuto que pasaba, íbamos perdiendo más y más tropas y no podíamos tomar ninguno de los torreones ni encontrábamos una forma adecuada de llegar a la ciudad sin exponernos demasiado. A los oficiales no les importó. La orden fue bajar y tomar la ciudad. Cientos de garfios fueron atascados de distintas maneras en las cuatro posiciones de avanzada de nuestro ejército y los soldados bajaron uno por uno hacia la ciudad, que los esperaba con todo su pánico, con toda su fuerza. Los proyectiles disparados desde los torreones de la muralla ocasionaban la mayor cantidad de bajas. Éramos presa fácil y pese a que intentamos avanzar dentro de la ciudad, se nos hizo imposible. Yo aún no bajaba, me mantenía al margen de todo, estaba junto a uno de los torreones, en un punto ciego para los arqueros que tenía encima. Ahí me sentía relativamente a salvo, sabía que si bajaba no habría marcha atrás. Nuestros hombres abajo eran abatidos desde más de dos flancos. Las calles se convirtieron en campos de batalla y cada poblador de Lun Lua parecía estar peleando por su ciudad. Estaba claro que perderíamos. Los oficiales llamaron a la retirada —sonríe al decirlo—. Tuve suerte de pensar rápido y no bajar, a los infelices que tuvieron la osadía, les esperaba la muerte o cosas aún peores.

Rápidamente encontré un garfio y lo incrusté entre dos piedras de la muralla. Me agarré fuerte de la soga y salté al campo donde nuestras tropas emprendían la retirada hacia el

campamento. No fue complicado llegar al suelo, pero me di un par de golpes mientras bajaba. Ni bien toqué el suelo, empecé a correr sobre el campo enlodado de aceite y sangre, de sudor y heces. Mis piernas se hundían en el fango y hacían lento mi andar. Puse mi escudo a la espalda para que me cubriera de los proyectiles que pudieran alcanzarme. Cumplió su objetivo, pues detuvo por lo menos tres proyectiles que intentaron terminar conmigo. La guerra había convertido ese campo fértil en un cementerio sin tumbas. Los cuerpos yacían desperdigados. Llegué al campamento antes de que el Sol estuviera en lo más alto. En poco tiempo nuestro ataque había fracasado. Habíamos perdido una cantidad significativa de tropas y uno de nuestros nobles cayó muerto. Esos eran los comentarios a lo largo de todo el campamento. Cuando llegué a donde estaba nuestro señor, este comentaba con mucha lástima que dos de nuestros caballeros murieron al interior de la ciudad y que casi cincuenta hermanos de armas habían entregado valientemente su vida por el reino de Letty.

Tardamos buen rato en reorganizarnos y conocer a ciencia cierta nuestras bajas. Fueron un total de cuarentaiséis muertos contando a los dos caballeros. Nos fue bastante mal en esa embestida. Todo ese día no hicimos nada más que asediar el castillo. Nuestras catapultas seguían disparando contra las murallas de la ciudad, pero las catapultas de la ciudad no respondían. Asumíamos que no querían desperdiciar municiones y por eso solo las utilizaron cuando nos tuvieron lo bastante cerca, cuando vieron que las torres de asedio se acercaban las entendieron como blancos estratégicos y es por eso que ya no nos quedaba ninguna. La mayoría de escaleras también se perdió. Los enemigos las incendiaron. Tardaríamos al menos una semana en tener todo listo nuevamente. Imaginamos que pasaríamos los días ahí, descansando, sin hacer nada más que esperar a

que los ingenieros terminen de construir unas cuantas nuevas torres de asedio y fabriquen otra vez una cantidad considerable de escaleras. Imaginé que me mandarían a talar árboles o a buscar comida por los alrededores. No pasó nada de eso.

A la mañana siguiente nos movimos en dirección al sur, pero nuestro señor nos dijo que iríamos a Golam, la Ciudad Palacio, que se encontraba a un mes de camino hacia el norte. Este cambio de dirección no era más que una artimaña para engañar al mariscal del ejército de Pantera, al que debíamos convencer de que nuestro mariscal había terminado con la campaña y nos había mandado a todos a casa. Debíamos de aparentar encontrarnos completamente derrotados para que no esperaran el golpe mortal que les íbamos a infringir. La idea era dividir a nuestras tropas y azolar los poblados enemigos durante unos meses, todo como si se tratase de casos aislados. No usaríamos estandartes para confundir al enemigo. Aparentaríamos ser bandas de delincuentes. Si el ejército de Pantera empezaba una campaña contra nosotros, nuestros magos verían la forma de comunicarse para preparar la defensa de nuestras fronteras. Además, debíamos enfrentar a toda fuerza menor a la nuestra. De a pocos debíamos intentar desarticular al ejército de Pantera; capturar nobles cuando estuvieran desprevenidos. Seis meses y luego a reunirnos en Golam para tomarla y establecer ahí un puesto de avanzada. No debíamos ir demasiado al sur si queríamos llegar a tiempo al asedio de la ciudad. Nuestro señor nos dijo que saquearíamos dos o tres pueblos, y luego marcharíamos hacia la Ciudad Palacio.